SAN JOHN HENRY NEWMAN

«MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA»

La bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia

Ediciones Palabra



«MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA»
La bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia

San John Henry Newman

«Madre de Dios y madre nuestra»

La bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia

Hope press
MÉXICO

Primera edición
Enero de 2024

«Madre de Dios y Madre Nuestra». La Bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia.

© The Newman Society, 2024

© Hope press
C. Constitución de 1957, 122B, Frac. Revolución
Tel. (+52) 33 4530 2258

Traducción a cargo de: Adrián A. Aguilera A.

ISBN: 978-607-29-5219-5
Impresión y encuadernación:
GP Soluciones Impresas S. A. de C. V.
Calle Mezquitán 574, Col. Barranquitas, Guadalajara, Jal.,
C. P. 44280
Printed in Mexico - Impreso en México

Todos los derechos reservados
No está permitida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, tratamiento informático, distribución, comunicación pública y transformación de este libro sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados constituye un delito contra la propiedad intelectual.

En memoria de nuestro querido
Joseph Ratzinger — Benedicto XVI,
en el 1er. Aniversario de su Pascua,
con gran cariño y gratitud por todo, ¡por tanto!

* * *

A ustedes, jóvenes…
les dedicamos esta colección de escritos
de san John Henry Newman.

Son un recuerdo del constante pensamiento del Cardenal en ustedes, y de su confiada seguridad de que desde el cielo seguiría acompañándolos…

(Adaptación de la dedicatoria del p. Neville a la 1a. edición de las Meditaciones y devociones de san John Henry Newman)

ÍNDICE

Presentación 9

PRIMERA PARTE. TEXTOS ESPIRITUALES 17
- No pensamos en María todo lo que deberíamos 19
- Pensar en ella sin separarla nunca de su hijo 19
- ¿Quién podría calcular su santidad y perfección? 20
- Prueba de la divinidad de Cristo y de su Encarnación 21
- El hijo y la madre van siempre juntos 22
- Ella sola ha destruido todas las herejías 23
- Más que su amiga, la fuente de su segundo ser 24
- La santidad de María, superior a la de todos los santos 25
- Acudir a ella e imitarla 26

SEGUNDA PARTE. TEXTOS DEVOCIONALES 29
- El Rosario 31
  - El gran poder del Rosario 33
  - María, modelo de la mujer cristiana 37
- Meditaciones sobre las letanías para el mes mayo 39
  - Meditaciones introductorias 41
    - *«Mayo, el mes de la promesa»* *41*
    - *«Mayo, el mes de la alegría»* *42*
  - I. La Inmaculada Concepción 45
    - *María es la Virgen purísima* *45*
    - *María es Virgo praedicanda, la Virgen digna alabanza* *46*
    - *María es Mater admirabilis, la Madre admirable* *48*
    - *María es Domus aurea, la Casa de oro* *49*
    - *María es Mater amabilis, la madre amable.* *50*
    - *María es la Rosa mística* *52*
    - *María es Virgo veneranda, la Virgen digna de veneración* *54*
    - *Santa María* *55*
  - II. La anunciación 59
    - *María es Regina angelorum, la Reina de los ángeles* *59*
    - *María es Speculum justitiae, el Espejo de Justicia* *60*
    - *María es Sedes sapientiae, el Trono de la sabiduría* *61*
    - *María es Ianua Coeli, la Puerta del cielo* *63*
    - *María es Mater Creatoris, la Madre del creador* *64*
    - *María es Mater Christi, la Madre de Cristo* *66*
    - *María es Mater Salvatoris, la Madre del Salvador* *68*
  - III. Los dolores de la Virgen 71

María es Regina martyrum, la Reina de los mártires 71
María es Vas insigne devotionis, el vaso de insigne devoción 72
María es Vas honorabile, el vaso digno de honor 73
María es Vas spirituale, el vaso espiritual 74
María es Consolatrix afflictorum, el consuelo de los afligidos 75
María es Virgo prudentissima, la Virgen prudentísima 76
María es Turris eburnea, la torre de marfil 77
IV. La Asunción 79
María es Santa Dei Genitrix, la Santa Madre de Dios 79
María es Mater intermerata, la madre sin mancha 80
María es la Rosa mística 81
María es Turris davidica, la torre de David 82
María es Virgo potens, la Virgen poderosa 83
María es Auxilium christianorum, el auxilio de los cristianos 85
María es Virgo fidelis, la Virgen más fiel 86
María es Stella matutina, la Estrella de la mañana 87

TERCERA PARTE. ESCRITOS TEOLÓGICOS 89

Memorandum sobre la Inmaculada Concepción 91

Carta a Pusey La devoción a la Madre de Dios 101
I. Cuestiones introductorias 103
II. Aclaraciones sobre varios malentendidos 111
III. Diferencia entre fe y devoción 125
1. La segunda Eva 129
2. Madre de Dios —Theotokos 153
3. Su poder de intercesión 158
IV. Complemento entre fe y devoción 167
V. Errores de los anglicanos y excesos de los católicos. 177
Apéndice 203
1. Testimonios de los Padres sobre María como segunda Eva 203
2. La enseñanza de Suárez sobre la Inmaculada Concepción 209
3. Algunas declaraciones de san Basilio, san Juan Crisóstomo y san Cirilo sobre la Virgen que requieren ser explicadas. 211
4. Sobre la enseñanza de la Iglesia griega acerca de la Santísima Virgen 230
5. Sobre una proposición escandalosa acerca de la Santísima Virgen 239

Presentación

El 9 de octubre de 1845 tuvo lugar, mediante la profesión de fe y la celebración del bautismo bajo condición, la incorporación de John Henry Newman a la Iglesia católica. Dos años después llegaría a ser sacerdote católico, y algo más tarde Cardenal; hoy lo veneramos como santo. A través del Vicario de Cristo, la Iglesia nos lo ha propuesto desde el 13 de octubre de 2019 como intercesor, modelo de vida y maestro autorizado en lo referente a la fe y la vida espiritual. Los que hemos tenido la gracia de conocer su figura y leer sus escritos, alimentamos la esperanza de que algún día sea también declarado Doctor de la Iglesia. Y no nos parece una ilusión ingenua, puesto que hombres muy santos y sabios, entre ellos algunos Papas —Pío XII, Pablo VI y Benedicto XVI, por ejemplo— han afirmado categóricamente que algún día Newman será contado entre los Doctores de la Iglesia, es decir aquellos santos cuya doctrina es presentada como guía segura y universal en el camino de la santidad. A la fecha varias conferencias episcopales se han sumado a la solicitud formal, dirigida a los organismos competentes de la Sede Apostólica, para que el nombre del cardenal Newman sea incluido a la lista de los santos Doctores.

Entre las muchas cuestiones que san John Henry tuvo que afrontar después de su conversión al catolicismo, podemos mencionar, sin pretender ser exhaustivos, cuatro grandes líneas de acción: 1) la educación de los jóvenes, a la que él dice haber dedicado, desde el principio hasta el final, sus mejores energías; 2) la fundación, consolidación y desarrollo del Oratorio de san Felipe Neri en Inglaterra; 3) la apologética, entendida como respuesta a la invitación de san Pedro de dar razón de la propia esperanza a todo el que lo solicite, esto era especialmente urgente sobre todo en el contexto inglés de la segunda mitad del siglo XIX, dada la constante propagación de prejuicios anti romanos; 4) y, finalmente, al ser los católicos una minoría, y, todavía más, al tratarse en muchos casos de personas recién convertidas, convenía ofrecer una sólida formación capaz de confirmar la fe de aquellos hermanos que habiendo o no pertenecido antes a la comunión anglicana, eran continuamente cuestionados sobre algunos aspectos fundamentales de la nueva doctrina a la que se habían adherido.

Por otra parte, el desarrollo de la historia y de las ciencias naturales había contribuido a generalizar la impresión de que, en definitiva, la fe tenía ya poco que ofrecer; una aparente contradicción entre las verdades de fe y los resultados de la ciencia inclinaba la balanza de la opinión pública en favor de ésta última. Newman mostró con maestría la racionalidad del acto de fe, haciendo ver los límites de un racionalismo cerrado que no reconoce otra posibilidad más que la del ensayo y error, puesto que en esta lógica quedan excluidas las cuestiones definitivas, aquellas que tienen que ver con el fundamento y el sentido de la existencia. Contemporáneo de Darwin tuvo que habérselas con el tema de la evolución. Las realidades vivas, las personas especialmente y, por consiguiente, también las instituciones creadas por ellas están sometidas a un proceso de crecimiento. Newman estudió a fondo el tema del desarrollo de la comprensión de la verdad en el cristianismo, y dio la clave para distinguir cuando se trata de auténticos progresos y no más bien de corrupciones del dogma.

En su juventud había aprendido a interpretar la realidad material como signo del mundo invisible —principio sacramental—. Observamos que en el mundo material existe un vínculo entre las cosas y entre las leyes que rigen la naturaleza; que están unidos y crecen armónicamente los distintos órganos que forman nuestro cuerpo. El mismo fenómeno, nos dice Newman, ocurre en las realidades espirituales: las virtudes que adornan el alma se desarrollan todas juntas; del mismo modo, todas las verdades de fe están vinculadas e interconectadas unas con otras. Es cierto que así como pueden existir mentes superficiales y precipitadas que no perciben el orden del universo, puede haber también personas irreligiosas que no son capaces de constatar la armonía que existe entre las distintas verdades de fe, porque «captar la entera trabazón y la armonía de la doctrina católica exige estudio y meditación», es decir, «ocuparse frecuentemente en la oración, recoger los propios pensamientos, detenerse a contemplar a Jesús, María, la gracia y la eternidad, ponderar las palabras de hombres santos que nos han precedido, hasta que aparezca ante nuestra mirada interior la sabiduría escondida de lo perfecto que Dios revela por medio de su Espíritu»[1].

En el evangelio, Jesús se compara con un sembrador que sale a esparcir la semilla en el campo del mundo. Su palabra es el grano

[1] San John Henry Newman, *Discursos sobre la fe*, XVII, Rialp, Madrid, 2021, p. 412.

del que procede el gran árbol en el que todas las aves pueden encontrar refugio y descanso, sobre todo cuando se ven amenazadas por la inclemencia de la falta de sentido y la violencia. La verdad, contenido fundamental de la propuesta cristiana, es el antídoto contra las ideologías que mutilan y amenazan la realidad. Al mostrarnos el rostro de Dios, la Iglesia con su doctrina, pone de manifiesto también el auténtico rostro del ser humano y el camino de la vida, abriendo ante nosotros el fabuloso panorama de la plenitud humana. Es cierto que en distintas épocas los cristianos hemos dispersado nuestras energías, «derrochando demasiado tiempo en pequeñas escaramuzas de retaguardia, debatiendo sobre detalles; sin esforzarnos lo suficiente en plantear las preguntas fundamentales»[2].

Cuanto más disciplinada y prudente es una persona, y a medida que ha puesto un mayor cuidado en la formación del intelecto y el fortalecimiento de la voluntad, cuando ha procurado la fidelidad a la conciencia y la obediencia a los mandamientos de Dios, tanto más puede captar la sencillez de la propuesta cristiana en la que, como queda dicho, los distintos aspectos se remiten y conectan unos con otros, como distintas caras de un mismo diamante. El tesoro de nuestra fe, cuya comprensión se ha ido desarrollando a lo largo de la historia, hunde sus raíces en la predicación de Jesús y en la enseñanza de los apóstoles.

Newman descubrió muy pronto que el verdadero soporte de la fe radica en su vinculación con la antigüedad, a través de una tradición ininterrumpida que conecta directamente con las columnas sobre las que Cristo quiso fundar su Iglesia, a quienes dio las llaves del Reino y la promesa según la cual los poderes del infierno nunca habrían de prevalecer contra ella. Los Padres de la Iglesia —es decir, los grandes exponentes de aquellas generaciones de cristianos que fueron formados directamente por los Apóstoles y por los discípulos de éstos— constituyen un eslabón fundamental y un testimonio de primer orden para comprender la doctrina tal cual ha sido recibida y comprendida desde el principio. La mirada abierta a la Sagrada Escritura y a las enseñanzas de los Padres nos libra de encerrarnos en una autorreferencialidad peligrosa y unilateral, detrás de la cual se atrincheran los prejuicios y las

---

[2] Citado en el libro *Nada más que la verdad. Mi vida al lado de Benedicto XVI*, Desclée de Brower, Bilbao, 2023, p. 314. La cita original se encuentra en el libro *Sin raíces*, una conversación de Joseph Ratzinger con Marcello Pera.

modas del pensamiento, casi siempre disfrazados de erudición y modernidad.

El sentido sobrenatural de la fe y también, a su manera, el Magisterio eclesiástico, descansan en esta tradición ininterrumpida que, como una especie de río recorre y fecunda toda la historia. Para Newman estaba claro que las diferencias de opiniones entre escuelas y denominaciones deben ser discernidas en relación con algunos criterios fundamentales: su conformidad con el evangelio, los frutos de santidad que se derivan de una determinada postura, la catolicidad de tales doctrinas, su congruencia con las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia. Vale la pena repasar con calma tanto el Ensayo sobre el desarrollo del dogma, como el artículo Sobre la consulta a los fieles laicos en materia de doctrina, para comprender cómo entiende Newman el auténtico desarrollo y el sentido sobrenatural de la fe presente en el santo pueblo fiel de Dios, ambos temas muy actuales.

San John Henry tuvo que abordar algunas cuestiones particulares que se discutían en torno suyo: la presencia real de Cristo en la Eucaristía, la infalibilidad del Papa, la devoción que los católicos tributamos a los santos y, sobre todo, a la Bienaventurada Virgen María. Este último constituía uno de esos tópicos que continuamente se sometían a escrutinio y que, igual que ocurre hoy en los ambientes protestantes, más era objeto de ataque. Newman conocía bien las objeciones que los anglicanos ponían en esta materia, puesto que había convivido con ellas por mucho tiempo. El estudio de los Padres le había conducido hacia la Iglesia católica, y en lo referente a la doctrina sobre María él se remite a ellos: «me bastan los Padres, no diré más de lo que ellos sostienen, ni tampoco diré menos».

Ya durante su periodo anglicano había realizado un primer descubrimiento sobre la santidad de María, su aguda penetración de la psicología humana, así como su extenso conocimiento de la Escritura, le llevan a afirmar, por un lado, que siendo María la única persona en este mundo a la que Jesucristo estaba obligado en justicia, por ley natural, a reverenciar, honrar y cuidar, ella debía ocupar un puesto muy importante en la consideración de los cristianos; pero además, tenemos algunos datos del evangelio que nos revelan la altísima dignidad de aquella a la que el Señor hizo no su amiga, ni su sierva, sino la fuente de su segunda naturaleza, y la centinela de su frágil infancia: no había sido la Iglesia católica, o algún teólogo en particular, el que había atribuido a María el título

de “bendita entre las mujeres”, sino Isabel, la pariente de la Virgen, y esto no como fruto de un arrebato momentáneo, sino estando ella llena del Espíritu Santo. Todavía más sorprendente resulta el título “llena de Gracia”, que el evangelio pone en boca de Gabriel, nada más y nada menos que uno de los ángeles que asiste al trono de Dios. Estas palabras no son cualquier cosa, nos dice también a nosotros el cardenal Newman.

Como ya hemos mencionado, Newman tuvo que enfrentarse con el tema del desarrollo de la comprensión de la doctrina cristiana. En esta cuestión ocupaba buena parte de su tiempo en los años previos a su conversión: tratándose de una realidad viva, la comunidad cristiana, solo creciendo permanece fiel a sí misma. Se trata de un desarrollo a partir de lo que ya es y de las posibilidades interiores que ya se encuentran en la verdad que se posee, pero en la que solo con el paso del tiempo se van poniendo de manifiesto sus múltiples implicaciones. Así, en materia de fe, muchas cuestiones que ya estaban implícitas desde el principio, solo se comprendieron a fondo una vez que las circunstancias obligaron a reflexionar detenidamente sobre ello. Este es el caso de la doctrina sobre la bienaventurada Virgen María. Solo progresivamente, aunque ciertamente en épocas muy tempranas, se fueron poniendo de manifiesto las prerrogativas de la Madre del Señor.

Ya en los siglos segundo y tercero encontramos diseminada por toda la cristiandad, en Europa, Asia y el Norte de África la afirmación de María como segunda Eva, y, sobre todo, de María como Madre de Dios. Las enseñanzas de los Padres dan testimonio de ello. Este fenómeno —la extraordinaria propagación de la doctrina en una época tan temprana— solo se explica adecuadamente si remitimos su origen a la época apostólica misma. El testimonio más claro al respecto es el de san Ireneo, discípulo del mártir san Policarpo, quien a su vez estuvo íntimamente asociado a san Juan Evangelista, así como a otros de entre los Apóstoles. Se trata de una doctrina no solo primitiva, sino también muy difundida, que ya en el año 431 fue definida solemnemente en un Concilio: María Santísima, al ser la madre de Cristo, es verdaderamente Madre de Dios.

Jesucristo, el hijo de María, es el Dios encarnado. La maternidad de María es la prueba fundamental de la unidad divino-humana de Cristo. María es exaltada en atención a Jesús; ha sido preservada incluso del pecado original en atención a Cristo y sus méritos. Y ella correspondió con una entrega plena a la causa del Redentor.

En distintas épocas, nos dice Newman, se ha postulado una aparente oposición entre el amor a Cristo y el amor a María, como si la honra tributada al Hijo supusiera hacer a un lado a la Madre. La historia nos muestra que allí donde se hace caso omiso de María muy pronto se termina por abandonar a Cristo, ¡con tristeza lo constatamos con nuestros propios ojos!

Como hijos espirituales del Cardenal Newman, habiéndonos beneficiado por muchos años de la lectura de sus obras y conscientes del gran bien que pueden hacer en orden a la formación cristiana de nuestros hermanos en la fe, y de todos aquellos que se interrogan acerca del cristianismo, hemos alimentado largamente la ilusión de poner a disposición del público de habla hispana los escritos del que es para nosotros modelo inspirador. A la hora de comenzar a concretar el proyecto no encontramos una alternativa mejor que comenzar por sus enseñanzas sobre aquella a quien veneramos como Puerta del cielo. Ella, Madre de la esperanza, nos abre el acceso a Jesús y hace de puente entre Él y nosotros.

Para dar un orden a los distintos textos aquí reunidos hemos elegido dividirlos en escritos espirituales, devocionales y teológicos. Y no es que estos distintos aspectos se excluyan entre sí, pero algún criterio había que adoptar. En el primer rubro hemos recopilado fragmentos de los sermones, cuya meditación puede contribuir al cultivo de una sólida vida espiritual: todo cristiano está llamado a admirar a la Madre del Salvador, a dar gracias a Dios por las maravillas que ha realizado en ella y a través de ella, a recurrir confiadamente a su intercesión, y a imitar sus virtudes. Nos sentiremos impulsados a dirigirnos a Jesús, con humildad y obediencia. Una segunda sección recoge palabras de Newman capaces de encender e iluminar nuestra devoción a la Virgen: los textos sobre el santo Rosario y el comentario que hace el autor a los títulos dedicados a María en las letanías lauretanas. Finalmente, entre los textos de carácter teológico, el lector encontrará un Memorándum sobre la Inmaculada concepción, dirigido a un amigo y pariente, en que Newman explica los alcances de la definición de es dogma mariano; se encuentra a continuación el más importante y sistemático de los escritos marianos de Newman, la Carta al Dr. Pusey, en respuesta a las críticas que éste había lanzado en contra de la devoción a María.

Hemos añadido a los textos algunas notas en que se explican la procedencia y contexto en que ha surgido. Consideramos que una

ventaja del presente volumen consiste en que se puede comenzar leer por cualquiera de las secciones que lo componen. Es cierto que entre los distintos textos se encuentran notables diferencias, pero esto no hace que se excluyan mutuamente. Esperamos más bien que la lectura pausada, en la presencia de Dios, contribuya a una vida cristiana madura en que se den cita fe y razón, inteligencia y corazón, historia y actualidad, libertad personal y compromiso comunitario.

En relación con la formación de los jóvenes, san John Henry buscaba contribuir «a que los mismos lugares y las mismas personas fueran, a una, oráculos de sabiduría y santuarios de devoción»; quería «que el laico intelectual fuera un verdadero y devoto creyente, y que el hombre piadoso fuera culto y pudiera dar razón de su fe». Testimonio de ese esfuerzo es el libro que tienes en tus manos, el cual leído con las debidas disposiciones, puede contribuir grandemente a que eso se realice.

Ofrecemos el que esperamos sea el primero de una serie de libros con las obras de san John Henry Newman, convencidos de la actualidad de su pensamiento y de que a través de sus escritos él se convertirá para muchos en un amigo cercano, como lo ha sido para nosotros. Este volumen ve la luz en el momento en que, después de un largo periodo de discernimiento, hemos decidido dar vida a una comunidad de hermanos, hombres consagrados que ven a Newman como patrono, modelo y maestro de vida espiritual. Así como en lo concerniente a la declaración del santo Cardenal Inglés como Doctor de la Iglesia, tampoco en lo que respecta a esta familia espiritual en germen pretendemos en nada prejuzgar el juicio de la Iglesia, a la cual Cristo ha dado autoridad para discernir los carismas y la autenticidad de los mismos. Tanto para lo uno como para lo otro, oramos y confiamos en la Providencia y buscamos ofrecer nuestra humilde contribución, respondiendo con generosidad al impulso interior con que el Señor nos señala el camino que debemos seguir. No pedimos ver la escena distante, nos basta el siguiente paso, queremos esparcir la fragancia de Cristo en todos los lugares donde estemos, buscando que la gente no nos vea a nosotros, sino a Cristo, de quien procede toda la luz.

María Santísima y san José intercedan por nuestro mundo, tan lastimado y necesitado de la presencia de Cristo.

Adrián A. Aguilera A., de la Newman Society,
12 de diciembre de 2023, Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de la esperanza.

PRIMERA PARTE.
TEXTOS ESPIRITUALES

No pensamos en María todo lo que deberíamos[1]

María, la madre de Jesús, dice en su cántico: "Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones"[2]. Y, de hecho, en la Iglesia siempre se le ha dado el título de 'la Bienaventurada Virgen María'. Por desgracia, en estos últimos tiempos nos hemos olvidado demasiado de hacer realidad esa humilde profecía, y aunque seguimos celebrando el día de la Virgen[3], lo consideramos solo como un día de descanso, en vez de sentirnos honrados por el hecho de que la Madre del Señor se haga presente en nuestra vida.

Tal sentimiento de veneración y de amor hacia ella nos los inspira, no obstante, el ejemplo de santa Isabel, cuando, llena del Espíritu Santo, dijo: "¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?"[4]. Y más adelante parece exhortarnos también a alabar a la Virgen y a acordarnos de ella con devoción, cuando anuncia que está en los designios de la Providencia que le tributemos realmente a María los honores que aquí se prometen: "¡Dichosa tú, que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá"[5]. Y ya que el ángel Gabriel le había dicho antes que nadie, con el mismo objeto de alabarla: "Alégrate, llena de gracia…"[6].

¿Por qué no vamos a poder tributar con devoción a la Virgen ese honor que se le ha prometido como recompensa? ¿Por qué no vamos a honrar a Nuestro Señor con el recuerdo reverente de su Madre? ¿Acaso hemos de dejar de venerar a la Virgen solo porque a algunos no les parezca? Y, sin embargo, eso es lo que sucede: que no pensamos en María todo lo que deberíamos…

Pensar en ella sin separarla nunca de su hijo[7]

El día que fue enviado el ángel Gabriel a anunciarle a María que se convertiría en la madre del Señor y el Espíritu Santo bajó sobre ella y la cubrió con la fuerza del Altísimo, ese día comenzó a hacerse realidad aquello de que "todas las generaciones la

---

[1] En: María, páginas selectas, p. 125-127.
[2] Lc. 1, 48.
[3] El día de la Virgen, o *Lady Day*, es el nombre que se da en Inglaterra a la fiesta de la Anunciación.
[4] Lc. 1, 42-43.
[5] Lc. 1, 45.
[6] Lc. 1, 28.
[7] Sermón 333, en: SPS 2, s. 12, p. 128, ss.

llamarían bienaventurada"[8]. El primero que la saludó de esa manera fue el ángel: "Yo te saludo, a ti que has sido tan altamente agraciada: el Señor está contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres". Y continuó: "no temas María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande y se llamará Hijo del Altísimo[9].

Su prima Isabel fue la segunda que la saludó con el título que le corresponde. Y aunque en el momento de hablar estaba llena del Espíritu Santo, lejos de considerarse igual a María en virtud de ese don, se sintió impulsada a usar con ella las expresiones más humildes y más respetuosas: "¡Bendita tú entre las mujeres —dijo voz en grito— y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?" Y luego repite: "¡Dichosa tú, que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá"[10].

Y en ese instante María dio rienda suelta a sus sentimientos con el Cántico que la Iglesia reza todos los días en la oración de la tarde[11]. En ella iba a realizarse ahora aquella promesa hacia la que el mundo había mirado durante miles de años… en ella iban a cambiar de arriba abajo los destinos del mundo, por ella sería aplastada la cabeza de la serpiente. A ella se le había concedido el mayor honor que jamás se había dispensado a un representante de nuestra raza caída. Dios iba a tomar su carne y a hacerse llamar hijo suyo…

¿Quién podría calcular su santidad y perfección?[12]

¿Quién podrá calcular la santidad y la perfección de aquella mujer que fue elegida para ser la Madre de Cristo? Si al que tiene se le dará aún más[13], y si santidad y dones de Dios van siempre de la mano (y esto se nos ha enseñado expresamente), ¿cuál habrá sido la pureza sobrehumana de aquella a quien el Espíritu creador se dignó cubrir con la sombra de su milagrosa presencia? ¿Cuáles habrán sido los dones recibidos por aquella que fue elegida como

---

[8] Cf. Lc. 1, 48.
[9] Cf. Lc. 1, 28, ss.
[10] Cf. Lc. 1, 42-45.
[11] El Magnificat, Lc. 1, 46-55. Es el cántico evangélico propio de la oración de Vísperas, de la liturgia de las horas.
[12] Sermón 333, en: SPS 2, s. 12, p. 128, ss.
[13] Cf. Mt. 13, 12.

única pariente cercana del Hijo de Dios en la tierra, la única criatura a la que por ley natural él estaba obligado a reverenciar y respetar, la única persona encargada de criarlo y educarlo, de instruirlo día a día a medida que iba creciendo en sabiduría y en edad?[14]

¿Cuál pensarías que habría sido el estado de santidad de aquella naturaleza humana de la que Dios formó a su propio Hijo, que no conoció pecado, sabiendo como sabemos que lo que nace de la carne es carne y que nadie puede sacar pureza de lo impuro? (Jn. 3, 5; 14, 4; Job, 14, 4)

Nosotros, lo mejor que podemos hacer es pensar en ella únicamente en cuanto está unida a su Hijo y en relación siempre con Él, sin separarla nunca de Él, y usando su nombre como memorial de la gran condescendencia del Hijo de Dios al bajar de los cielos…

Prueba de la divinidad de Cristo y de su Encarnación[15]

Las glorias de María se deben a Jesús y si la alabamos y bendecimos a ella como la primera entre todas las criaturas es para poder proclamar que él es nuestro Dios y Creador… Cuando el Verbo eterno decidió venir a la tierra, no lo pensó ni lo hizo a medias… sino que se hizo carne; unió consigo la humanidad y se hizo hombre tan real y verdaderamente como era Dios, de manera que desde aquel momento fue a la vez Dios y hombre; en otras palabras, fue una única persona con dos naturalezas, la divina y la humana.

Si quisiéramos aportar una prueba tanto de la Encarnación como de la divinidad de Cristo, según las palabras del evangelista san Juan "Dios se hizo hombre"[16], ¿cómo podríamos expresarlo con mayor énfasis y con más claridad que diciendo que Cristo se hizo hombre por obra del Espíritu Santo y que tuvo una madre? Por eso Dios es hijo de María. El reconocimiento de María como Madre de Dios es la salvaguarda mediante la cual sellamos y garantizamos contra cualquier desviación la enseñanza del apóstol, y es la

[14] Cf. Lc. 2, 40-52.
[15] Los privilegios de María, en: Discursos sobre la fe, d. 17, p. 411, ss.
[16] Cf. Jn. 1, 14.